

SOLILOQUIO SEGUNDO.

SOLILOQUIO SEGUNDO.



VENID, Señor celestial,
Que os llamo de lo profundo
De los peligros del mundo
Adonde estuve mortal.

No tardeis en socorredme.
Que no es ya el tiempo, mi Dios,
En que llamándome Vos
Yo procuraba esconderme.

Dicen que me habeis buscado;
 Por eso, Señor, os pido
 Que en hombros este perdido
 Lleveis á vuestro ganado.

Llevadme, mi Dios, mi luz,
 Pues que mi remedio os nombro,
 Que ya me conoce el hombro
 Desde que fuí vuestra cruz.

Mirad, dulcísimo Padre,
 Que está vuestra Madre aquí,
 Y que dice que por mí
 Fué vuestra Divina Madre.

Entre Vos y ella, mi Dios,
 Amor me manda poner,
 Que no me puedo perder
 Entre vuestra Madre y Vos.

Si mis manos homicidas
 Os causan tantos enojos,
 Que poniendo en mi los ojos
 Darán sangre las heridas.

En tanta sobra de hazañas,
 Como falta de disculpas
 No los pongais en mis culpas,
 Ponedlos en sus entrañas.

Dulce bien mio, si aquí
 Esas estrellas volveis,
 Vereis, aunque ya lo veis
 Que fuisteis hombre por mí.

Abrazad, Jesús querido,
 Este Pródigo segundo,
 Desengañado del mundo,
 Roto de vida y vestido.

No mireis mis desconciertos,
Que ya no podeis negarme
Que quereis los brazos darme.
Pues que los teneis abiertos.

Abrcémonos, mi Dios;
Mi bien, no haya mas enojos:
Abrid, á verme, los ojos,
Y crucificadme en Vos.

Que aunque á vuestra cruz le dais
El honor, que adoro, y sé,
Mejor cruz que Vos tendré.
Si en Vos me crucificais.

Cristo mio, Padre amado,
¿Cómo, andándome á buscar,
Os han puesto en tal lugar
Vuestro amor y mi pecado?

Pero ¿qué razon os pido
Estando la mesa puesta?
Hagan los ángeles fiesta
Al Pródigo que ha venido.

Dadme ese Pan verdadero
Con la gracia que me espera:
No mandéis matar ternera,
Pues ya está muerto el Cordero.

¡Qué soberano vestido
Me ha dado vuestro perdon,
Despues de la confesion
De tanto tiempo perdido!

Antes que con Vos me asiente
A la mesa, Padre mio,
Llorar quiero el desvario
Del tiempo que estuve ausente

Si la boca os causa enojos,
 Que sin gran limpieza os toca,
 Ya para limpiar la boca
 Quieren dar agua los ojos.

Pero ¿cómo será tanta
 A donde la culpa escede?
 Mas á donde ella no puede
 Supla vuestra sangre santa.



VENID, dulcísimo Jesús, á
 socorrerme, que con tur-
 bada voz os llamo de lo
 profundo de la miseria en que estoy; que
 aunque es verdad, Señor, que dije que
 estuve, fué en razon del engaño; pero
 con verme á la orilla, bien sabeis que aun
 ahora es mas necesario vuestro favor,
 porque podria alguna ola de las mal so-

segadas tempestades de mis costumbres, volverme al mar furioso de donde he salido, y por eso os pido, dulce Señor, la mano.

¡Ay Dios, si hiciese mi esperanza áncoras á su nave de un clavo de vuestra Cruz, qué firme se tendria en la sagrada playa de vuestros piés! Mirad, bien mio, que no es ya el tiempo cuando Vos me llamabais y yo no respondia; cuando vuestras inspiraciones me despertaban, y yo estaba durmiendo en el profundo letargo de mis deleites; cuando pensaba yo esconderme de vuestra presencia divina, como Adan, aunque no me busca-

bais Vos para castigarme, sino para recogerme; no para desterrarme del Paraiso, sino para llevarme á vuestro pecho; y estaba yo de suerte, amor mio, que al encanto dulcísimo de vuestra voz, eran mis oidos de áspid, y á las sirenas de vuestras inspiraciones, de astuto Ulises.

Ahora, cuidadoso Pastor, que sé que me habeis buscado, me atrevo á pedirlos con mil suspiros y ánsias que me pongais en vuestros hombros, reduciéndome á los apriscos de vuestra Iglesia, y á la comunión y junta de vuestros santos. Pienso que no será la carga nueva para vuestros hombros, amoroso Jesús mio.

pues me conocen desde que mis pecados fueron su cruz,

Mirad, Padre piadosísimo, que viene conmigo el mejor padrino que yo he podido hallar en el cielo, ni en la tierra, la puerta del cielo, la tesorera de vuestras riquezas, la limosnera mayor de vuestras misericordias, la enemiga de la antigua serpiente, cuyo pié poderosísimo estampó en lo mas duro de su cabeza su blanca planta; la estrella de Jacob, la vara de Israel, que rompió las cervices de los capitanes de Moab; aquella Reina, que con el vestido de oro, cercado de variedad, asiste á vuestra presencia; aquella ciudad de

Dios, de quien tan gloriosas cosas fueron dichas, desde que los hombres tuvieron lenguas, porque habia de ser bendita en todas las naciones; el arca de vuestra santificacion; la hermosa y cándida Paloma á cuya venida cesó el invierno; la blanca y colorada aurora que se levanta con tanta hermosura de la vecina presencia del sol; aquella nube leve donde Vos entrasteis, cuando temblando el corazón de Egipto cayeron sus simulacros por la tierra; aquella vara de cuyas flores de almendro tuvimos en Vos, bien mio, tan sabroso fruto; aquella perpétua Virgen, que en medio de la claridad de

tanto fuego, fué verde zarza; aquella á quien fué dada la gloria del Líbano y la hermosura del Carmelo; aquella Madre de amor hermoso, de temor prudente y de esperanza santa: pues mirad, Señor, que dice que por mí fué Madre vuestra en aquella sesta edad del mundo (1);

(1) Este mismo pensamiento, y con mas belleza aun, fué desarrollado por Lope en unas preciosas endechas que dedicó á un libro famoso en su tiempo. Dicen así:

Mirad, Ester hermosa,
Paloma cuyo nido
Como en la piedra incluso
Tuvo por piedra á Cristo.

Que me debeis ser madre
Del mismo Dios...

(Endechas de Lope en el libro titulado *Avisos para la muerte*.—Madrid, por Antonio García, 1659.

Sin embargo, no carece tampoco de belleza y unción

porque como el hombre fué hecho en el sexto día para cumplimiento de él, así Vos, para perfeccion de toda criatura, en la sesta edad fuisteis Hombre.

Parece pues, Señor mio, que la obliga nuestra miseria como razon de su dignidad, pues no tuvisteis Vos otra causa para nacer de ella, que el remediarla: á

la forma que dá á su apóstrofe en la poesia de este *Soliloquio*:

Mirad, dulcísimo Padre,
Que está vuestra Madre aquí,
Y que dice que por mí
Fué vuestra divina Madre.

Entre Vos y Ella, mi Dios,
Amor me manda poner,
Que no me puedo perder
Entre vuestra Madre y Vos.

La última idea es mas bella en el verso que en la prosa.

este efecto fué la pureza de su santificación, en que escede á toda criatura; porque como el ser Madre de Dios es la dignidad superior que puede comunicarse á una pura criatura, así es necesario que la gracia, que dispone á esto, sea la mayor de todas, por cuya causa escede á todas en esta parte el privilegio de su santificación (1).

(1) Chateaubriand ha dicho de la Virgen María cosas muy semejantes, aunque con mejor gusto literario.

•Ceux qui ne decouvrirent dans la chaste Reine des anges que des mystères d'obscurité, sont bien à plaindre. Il nous semble qu'on pourrait dire quelque chose d'assez touchant sur cette femme mortelle, devenue une mère immortelle d'un Dieu rédempteur; sur cette Marie à la fois vierge et mère, les deux états les plus divins de

La Virgen, pues, dulce Jesús, viene conmigo á pedirnos que me admitais, para cuyo efecto me pongo entre Vos y Ella, donde es imposible perderme, pues por ninguna parte puede entrarme enemigo ni darme asalto. Vuestra Madre es Torre de David: Vos Leon vencedor, que so-

la femme; sur cette jeune fille de l'antique Jacob, qui vient au secours des misères humaines, et sacrifie un fils pour sauver la race de ses pères. Cette tendre médiatrice entre nous et l'Eternel ouvre avec la douce vertu de son sexe, un cœur plein de pitié à nos tristes confidences, et désarme un Dieu irrité, dogme enchanté qui adoucit la terreur d'un Dieu, en interposant la beauté entre notre néant et la majesté divine!

•Les cantiques de l'Eglise nous peignent la bienheureuse Marie assise sur un trône de candeur, plus éclatant que la neige; elle brille sur ce trône comme une rose